

LA VOZ DEL RIO*

Martha Arenas**

1. NO TODO LO QUE PINTA ES ORO

Como comerciante me rebuscaba la vida en las galerías de Pasto, Cali, Ipiales. Compraba una docenita de aretes, una docena de pañuelos y las vendía maniao, de mano en mano, al público. En ese tiempo no estaba en el ají, era un sano; alcancé a oír lo de la explosión de la coca aquí en el Putumayo: que se recogía la plata por costalados.

En son de que tenía una tía en La Hormiga, sin pensarlo mucho me vine y estuve ahí donde ella quietico, observando un poco de tiempo, hasta que me enganché con un señor que le decían Serrucho. Entré a trabajar con él como cocinero, no como cocinero de droga, sino como ranchero, de rancho. Ganaba mil pesos diarios, el doble de cualquier jornalero.

Me fue gustando el trabajo en el monte, la forma como la gente recogía hoja. Trabajaban catorce recogiendo y seis en el laboratorio, con la patrona y el patrón, por todos éramos veinticuatro. Habían unas seis hectáreas sembradas, el trabajo se hacía en quince días y salíamos todos para Puerto Asís. En ese entonces trabajábamos caucana, lo que llaman afuera el popular bazuco, después trajeron la peruana mucho más efectiva, de la que sacan la cocaína. El

patrón vendía la merca en la misma residencia donde se hospedaba. Todo el mundo se hacía el que no veía nada.

Fui cogiendo el rol de la gente, no volví al monte sino que con veinticinco mil pesos que me prestó mi tía, empecé a comprar bazuco. A cien gramos le revolvía cuarenta de un polvillo que sale de la misma coca. Lo compraba a razón de setenta y cinco u ochenta pesos el gramo, y lo vendía en las ollas a cien pesos. Así de fácil me convertí en comisionista: vendía cincuenta a cien gramos diarios para que los demás lo jibararan, ganaba hasta diez mil pesos en el día.

Los bisnes eran suaves en ese momento porque todo se hacía bajo control. La policía conocía a los dueños de cultivos, los vendedores y los muchos compradores que llegaban de Cali, Medellín y los que residían en el puerto. Recibían su palada y serenos. El impuesto era la aseguranza para que nadie se mosquiera con el movimiento.

Cuando cogí cancha me volví todo un empresario en el lado Peruano. Allá se cosechaba y se trabajaba cómodamente porque la guardia ligaba cuarenta mil pesos por cosecha, independiente de lo que se sacara y pasaba de agache. Si hubiera sabido lo que el destino me guardaba, jamás hubiera pisado ese país.

En Soplín Vargas, conocí una pelada de nombre Estella, hija de una mujer de billete de La Vega,

* Estos relatos hacen parte de la Cartilla de Historia Oral de las Fronteras Fluviales que publicarán próximamente CORPOS, PNR Y DAINCO.

** Socióloga, investigadora de la Corporación Colombiana de Proyectos Sociales, CORPOS.

Cundinamarca. Una noche tomando aguardiente me ofreció un cacho de marihuana, me gustó. Tenía ya 24 años. Un domingo, en una de las fincas de la mamá, la sorprendí desbaratando cigarrillos y armándolos con polvo. No me gustó la vaina pero como yo estaba tumbado por la mujer me metí el primero. Esa noche nos fumamos cincuenta gramos.

Nos engorilamos a meter tierra. Seguía trabajando pero ya no revolvía los cien gramos, sino que sacaba veinte puros para mí y al resto le echaba los cuarenta. Pasaba día y noche metiendo y tomando. Me chupé el plante, me fui en pura decadencia económica y física.

Para no pagarle a la cucha me volé para Asís. Cuando ya no tenía ni con que comprar el vicio, me encontré con un viejo amigo que tenía un buen plante en perfumería. Trabajaba a lo bien. Con la lengua que me gasto, que vendo hasta una cabuya pintada, lo convencí para que me dejara entrar de socio, ganándome el 40% sobre las ventas. Camellaba hasta las dos o tres y salía a encerrarme en las ollas a quemar vicio.

Hasta ese momento la gente quemaba fresca. Se sentaban en cualquier tomadero, sacaban la coca y el cigarrillo, lo armaban y lo prendían tranquilamente. Los tombos no molestaban. Los sicarios de la mafia solo mataban por negocios mal hechos. Los narcos pagaban cualquier cuarenta mil pesos por asesinar a alguien que les hubiera ligado la mercancía. Matar una persona a cualquier hora en Puerto Asís era lo normal. Nadie oía nada. A la media hora llegaban a recoger el finado.

De pronto aparecieron los primeros cuatro bazuqueros encostados en el aeropuerto. A la noche siguiente mataron a seis, y así todos los días graneaditos, en fogón, como fuera. Un día tuve un mal presentimiento y me quedé encerrado en el hotel. A la olla que iba le rociaron gasolina, le prendieron candela, y cuando la gente brincaba por las ventanas, los estaban esperando para rocearlos.

Después de las ocho de la noche ya nadie salía. No se sabía a ciencia cierta quién lo hacía, unos aseguraban que era la ley, otros que el MAS, la mano negra. El ladronismo, el apartamiento, dañaba los negocios.

Un viejo amigo de mi papá, preocupado de que fuera a quedar por ahí con un balazo, me hizo la segunda: me compró botas, un toldillo, una hamaca, una cobija y me encaletó donde un Tolima en plena selva como a seis horas del río.

Salí de las llamas para caer en las brasas. Tenía 16 trabajadores que soplaban como murciélagos. Les pagaba con vicio, con gramos de retaque, que es la que se saca en una segunda quimiquiada. Llegué pero no sabía de ese trabajo, sólo sabía fumar. Bajo un sol calcinante me quité la camisa y a raspar. Las hojas se me caían, las manos se me pelaron, me quedaron en carne viva, vertían sangre. Se me ampolló la espalda. En todo el día cogí seis kilitos, escasamente para un gramo. Al otro día no pude ir a raspar y me pusieron a picar hoja con un par de palas. Como estaba débil se me volvieron abrir las manos. A otro lo hubieran echado de una, pero como yo era recomendado me pasó a oficios varios: descunchar con la manguera, echar la gasolina, lavar, ayudar a cortar, y exprimir la mercancía. Me dio en el clavo, porque trabajaba suavcito. Aprendí toda la quimiquiada y cuando el patrón salía sacaba treinta o cuarenta gramos de retaque, con los que volví a hacer un plante.

Con el dinero me hice socio de un valluno y comencé la siembra. En un año tenía ocho hectáreas. Me volví un fuste para el trabajo, si había que fumigar, fumigaba, si había que quimiquiar, quimiquiaba. Contraté indios y les pagué con bazuco para tenerlos doblegados. Todo iba bien, pero un día llegaron unos uniformados. Salí con la palada pero me frenaron en seco. Eran los muchachos, como les decían por acá. Me advirtieron que no podía seguir fumando ni mucho menos pagando con bazuco. Me salté esa autoridad y seguí con el mismo ritmo. Al mes volvieron y me ordenaron salir de la región. Esta vez sí les hice caso, porque sabía que ellos no se iban de mentiras.

Como de tonto no tengo nada corrí para El Azul, por el río San Miguel, límite con Ecuador. Los narcos tenían tres grandes laboratorios de cocaína y la habían montado de única autoridad. Allí no llegaba la guerrilla. Me enseñaron a manejar armas, y comencé a vigilar la región con otros cinco muchachos paisas. La usanza era andar en combos pequeños pero bien

armados. Todos eran unos duros porque los había entrenado el coronel Klein, el que ha mojado tanta prensa. Nos pagaban bien, por eso aprender a manejar las armas no fue difícil.

Me tocó darle plomo a más de un indígena y a varios colonos. El primero, un viejito huilense que nos habían informado era colaborador de los Farcos. Cuando llegamos a su finca y le pedimos la colaboración, se nos puso furioso. No alcanzó a decir la última palabra cuando le entró la bala en el pecho. Esa fue la única vez que me aturdí, porque después se me convirtió en rutina.

Estábamos cuidando el laboratorio cuando sonó la plomera. Eramos treinta, todos salimos corriendo para distintos lados. Por donde pasaba veía el reguero de muertos. La guerrilla nos dio con toda, eran como quinientos hombres. Alcancé a saltar al río y nadando pasé al Ecuador. El único sobreviviente fui yo. Duré escondido varios días hasta que me vine por los lados de Puerto Leguizamó. Quien conoce el mercado en un lado lo conoce en cualquier otro. Comencé a rodar por todas partes, en las mismas: trabajando y soplando.

Me quiero ir para mi pueblo, pero a uno siempre le da como un no sé qué volver en este estado y sin cinco centavos. Ahora que está tan duro el trabajo y que pagan con puros vales, la veo difícil. Lo único que me queda es seguir caminando.

2. EL CAIMANERO

Tengo 78 años, nací en las Margaritas cerca de Mompós, Bolívar. Llegué a los Llanos en el año 1936 después de pagar el servicio militar y de rodar un poco por la costa sin encontrar un oficio que me apasionara.

Después de tanto buscar me cayó del cielo la oportunidad que buscaba. Una casa francesa localizada en Magangué, pueblo de Bolívar a orillas del río Magdalena, había puesto el negocio de comprar pieles de caimán para llevar a Europa. Me enganché, junto con otros dieciocho costeños, en una excursión de cazadores. Ese mal lo lleva uno en la sangre, desde chiqui-

tos jugábamos con el caimán, hasta que nos familiarizábamos y les perdíamos el susto.

En Magangué nos embarcamos y llegamos a La Dorada, de ahí por tierra hasta Puerto López donde nos entregaron las armas para cazar los caimanes, sal, lámparas, provisión y un seguro de vida a nombre de la familia. Era difícil que la gente persistiera en este trabajo. De diecinueve que vinimos solo quedé yo.

El primer viaje lo hicimos de Puerto López hasta Cabuyaro. Veníamos bajando cuando vimos un caimán que iba a toda velocidad y un animal que nunca habíamos visto saltando a su lado. Estábamos en dos lanchas, entonces nos pareció muy divertido salir unos a asegurar el caimán y otros al que según el guía parecía un bufeo. Una vez muerto el caimán lo sacamos a tierra y fuimos a auxiliar la otra canoa pues el animal daba cada coletazo que parecía iba a volar. Lo tenían arponiado, seguro, pero no se cansaba hasta que al fin después de mil maromas lo redujimos. Lo patarribamos, lo apuña-leamos y lo sacamos a la playa al lado del caimán. Empezamos a reparar en el animal: parecía una mujer pero con un pico largo y una cola ancha, por eso cada coletazo que daba, cogía una velocidad que se nos perdía. Asustados le sacamos al arpón, hicimos una sepultura y la enterramos.

En Cabuyaro nos enteramos que a ese animal lo llaman Tonina, respetada por indios y blancos. Siempre que un hombre está en aprietos en el agua, los empuja hasta que lo lleva a la orilla. Nos quedamos en silencio, mudos, pero aprendimos la lección.

La primera cacería, que fue perfecta, la hicimos por el río Meta en un sitio conocido como Miti Miti, una playa con más de setenta caimanes. Les dimos muerte a todos; los abrimos, les sacamos la piel a los que eran reglamentarios, y escudriñamos la barriga. Encontramos revólveres, billutería. Averiguando nos contaron que en ese lugar se trambucó una canoa con setenta y cinco agentes que venían a relevar a los de Puerto Carreño. Era la primera vez que veían una camada de caimanes y por novelear, todos se hicieron hacia el lado derecho y la canoa se voltió. Solo se salvó el piloto que se llamaba Hipólito Soto.

Seguimos hasta la boca del Casanare y ahí acampamos. Al rato llegó un indígena que habló con el intérprete que cargábamos. Yo le pregunté ¿qué pasa con ese indígena? Quiere sal y de lo que tengamos. No le mezquindamos nada, le dimos un bulto de sal, tabaco y aguardiente, se fue aparentemente contento. El intérprete, nervioso, contó que los guahibos estaban bravos porque ese era su territorio y que por la noche nos iban a atacar para robarnos todo lo que traíamos.

Para defendernos del ataque sacamos todo los bultos de sal y una carpa grande e hicimos como una especie de muralla. Nosotros como no éramos tontos y todos habíamos hecho el servicio militar le abrimos unos huecos a la carpa para poder ver el enemigo y poderles disparar. Estábamos muy asustados porque una cosa era matar caimanes y otra indios. El intérprete nos dijo, cuando yo dé la señal disparen, mientras tanto no hagan el menor ruido. Cuando llegó la noche se oían silbidos por todas partes, a la derecha, a la izquierda, hacía arriba, lejos, cerca. Miramos y todo estaba negrito, pero se veían sombras que se acercaban. Nosotros detrás de la carpa, casi no respirábamos, y de pronto cayó el primer aguacero de puyas, luego el segundo, el tercero. Nosotros quieticos.

Los indios se acercaron pensando que ya nos habían matado, cuando el intérprete comenzó a disparar. Esa era la señal. Nosotros éramos nueve y todos abrimos fuego. Cada vez que me acuerdo me arrepiento de ese hecho. Murieron varios indios, de nosotros ninguno. En seguida nos embarcamos aguas abajo para luego remontar hasta Orocué.

Estos cuentos uno los refiere sabiendo que fueron delito, mucha fue la gente que cometió errores con los indios. Ya no, porque a esos indios los domaron los blancos. En esa época ellos tiraban a exterminar a todo el que llegaba. Cómo serían de bravos que en 1953, año en que llegó por primera vez la armada por aquí, atacaron la lancha de la marina y a ellos les tocó disparar también, sabiendo que no podían hacerlo, pero les tocó para ahuyentarlos y poder remontar el río.

Eso nos obligó a salir del Meta y Casanare e ir al Vichada y al Guaviare a seguir la caimanada.

En un mes matamos mil quinientos caimanes y otro tanto de chigüiros. Los sacábamos a San Pedro de Arimena o a Villavo donde las casas francesas tenían intermediarios colombianos que compraban las pieles.

En general salíamos cinco embarcaciones, y cada una mataba catorce o quince caimanes. El que no matara catorce quedaba descalificado, como mal cazador. Era sencillo y emocionante. Se hacía de noche, en parejas: el cazador con un arpón y la lámpara de carburo y el patrón de la embarcación. Los localizábamos con las lámparas de carburo de alto alcance, enfilábamos la luz directo a los ojos y lo enceguecíamos. Se acercaban rugiendo, el cazador lo arponiaba o le pegaba un balazo en la cabeza antes de que se acercaran mucho a la embarcación; al mismo tiempo el patrón, a puro canaleta ya que en esa época no se trabajaba con motores, viraba la embarcación para evitar el coletazo.

Para ese entonces mucha gente llanera se había metido al negocio, pero a los costeños nos pagaban mejor por haber llegado enganchados directamente desde Magangué. Nos daban veinticinco pesos por el pie de doce pulgadas. Como a los de la región les pagaban menos, también nos convertimos en compradores porque nos daba el margen.

Poco a poco uno se va fatigando, porque eso de trabajar de noche y dormir de día es muy duro, y cada día era más difícil porque ya casi habíamos acabado con esos animales, así que como ya tenía una buena base asegurada me dio por comprar una barca y meterme en el negocio del comercio por río.